



En esta tierra se consiguió un confort elevadísimo, sin el contrapeso de la preparación intelectual y psíquica correspondiente para asimilar sus ventajas.

Y según expresión de un conocido publicista bilbaíno, «se ha confundido la cultura con la cantidad de níquel que hay en los cuartos de baño».

Tal aserto es de finales de los cuarenta.

¿Qué ocurre hoy? El país es un declive hace años anunciado, por sus propias condiciones geográficas y económicas, amén de otros factores de todos conocidos, está en vías de perder su «status», y al no disponer de una preparación mental que obligue a analizar los hechos fríamente, y tras tal análisis proyectar su futuro, todo queda reducido a gritos y protestas.

Nada digamos si a ello se une esa hipertrofia de patriotismo que se satisface sólo con contemplar el propio ombligo para adentrarse a través de él en las raíces de lo que han dado en llamar «identidad», rechazando como imposición intolerable cualquier elemento llegado de fuera, aun cuando a él debamos lo mucho y bueno de que disfrutamos.

Reducidos a los estrechos límites de nuestro entorno clamamos por la defensa de una pretendida cultura, que no puede jamás recibir adjetivos gentilicios, pues si es auténticamente tal, es universal, y ésta es la acumulación de aportes procedentes de las fuentes más extrañas y escondidas.

Y ahí es donde debe beber la juventud actual haciendo previa confesión de humildad y de reconocimiento de la propia limitación.

La cultura nos hará libres haciéndonos salir de nosotros mismos para conocer mejor a los demás, con lo cual lograremos un doble beneficio: conocer a los otros y que ellos a su vez nos conozcan bien a nosotros.

Es imprescindible comprobar contrastes y coincidencias. Es obligado analizar realidades concurrentes o concordantes.

Abrir el pensamiento y el espíritu al conocimiento del quehacer humano, de las vicisitudes del pasado, o incluso de tiempos más próximos.

Buscar los puntos de sutura, no los de ruptura. Adquirir o desarrollar un criterio propio racional. Ser individuo y no masa.

La época actual, que tiende a mediocrizarlo todo, porque sus guías son mediocres, impone conceptos como «colectivo», «grupo», «equipo», etc., donde, por lo común domina la medianía, donde destacar es peligroso, a no ser en el grito y el insulto.

Todos somos iguales en una masa amorfa sin destellos que surjan de la individualidad, porque estará mal vista y la ahogará la presión de quienes no toleran nada sobresaliente.

A la juventud de hoy le corresponde una dura etapa, y por mucho que se agite y proteste le resultará difícil soslayarla. Mejor será, por tanto, recibir con serenidad el tiempo que se

nos echa encima y hacerlo tolerable a base de austeridad, con buena dosis de estoicismo.

Una nueva era de pobreza se cierne sobre la humanidad. Esta ya no será sólo «privilegio» de los países del Tercer Mundo, pues nos afectará a todos, aun cuando no sea el hambre cruda la que se instale en nuestra sociedad.

Estos ciclos se han repetido en la larga andadura del ser humano y continuarán repitiéndose. En tal sentido la Historia seguirá siendo «maestra de la vida» (según frase de Herodoto) por mucho que intentemos ignorarlo.

Si nuestra juventud adquiere conciencia del verdadero paisaje en el que se hallará metida, superará la crisis, como ha ocurrido en el transcurso de los siglos.

Ahora bien, esto sólo será posible en la medida en que se adquiera conciencia de la propia responsabilidad, tanto individual como colectiva.

Ello hará aceptar a los demás, liberados de esos dogmatismos que actualmente atenezan a los jóvenes bastante más de lo que ellos piensan.

Y volvemos a lo de siempre: una persona culta está en disposición de afrontar situaciones críticas y hasta de superarlas.

Y esa cultura, diremos como en la frase conocida, «está en los libros».

Lectura variada, de calidad literaria y de riqueza de contenido. Lectura del libro propio o del encerrado en las bibliotecas.

Eso hicimos de jóvenes cuando éstas eran muchísimo menos abundantes que ahora.

Si en la actualidad son infinitas las sollicitaciones que sufre el joven deslumbrado por los paraísos que le ofrece la TV y el cine, también tiene a su disposición medios que le permitan entrar en sí mismo forjándose su personalidad, con un sentido crítico liberado de cualquier esclavitud.

Sólo el hombre culto es verdaderamente libre, por muchas restricciones que la propia libertad imponga.

Al hablar de libertad ya sabemos cuán limitada resulta ésta si hemos de convivir con nuestras contrapuestas y a veces hostiles personalidades.

Las inquietudes cada día más profundas provocadas en los jóvenes como individuos o como grupo, hacen vislumbrar una conformación a ese futuro que con tintas quizá un poco sombrías hemos pintado.

En la juventud de hoy está el mañana y ésta debe prepararse para recoger la antorcha del relevo en esta carrera olímpica que es la historia de la humanidad.

MANUEL AGUD QUEROL